

TATÒ, Antonio: *Caro Berlinguer*, Torino, Einaudi, 2003, pp.338

*Caro Berlinguer*, libro editado por Einaudi bajo una iniciativa del Instituto Gramsci, es una recopilación de las notas y apuntes reservados de Antonio Tatò, principal representante, junto con Franco Rodano, del grupo de los católicos-comunistas («catto-comunistas»), que fueron enviados al secretario del Partido Comunista Italiano (PCI), Enrico Berlinguer, entre 1969 y 1984.

Esta obra contribuye «desde el interior», es decir desde los estudios desarrollados por la historiografía comunista, a desvelar y poner en cuestión las ideas y la obra de Enrico Berlinguer con mayor profundidad de lo que hasta ahora habían hecho historiadores y politólogos, situados en posiciones políticas bien diferentes. El valor histórico del libro reside en que estas notas nos permiten entrar en los rincones más escondidos del pensamiento de Berlinguer, y nos muestran el profundo acuerdo intelectual e ideológico que existía entre el secretario comunista y la influyente secta de «catto-comunistas» con la que Rodano, más que Tatò, colaboraba estrechamente. Una de las limitaciones de este libro es que no lleva las más importantes notas de Rodano, cuya influencia en la formación de las ideas y de la dirección política del PCI en los años «setenta» fue muy importante.

Como puso de relieve el historiador Craveri, en las notas de Tatò sobresale «el atraso de los modelos culturales y de los análisis socio-políticos» que estaban detrás de los análisis políticos de Berlinguer, sobre todo después de 1978: tanto de los que se referían a la realidad internacional, como los determinados por las dinámicas políticas institucionales, económicas y sociales internas. Sin grandes diferencias, Tatò proponía a Berlinguer la antigua tesis marxista-leninista que tomaba como punto de partida la crisis irreversible del capitalismo como anticipación de un general avance del socialismo en el mundo. Leyendo estas notas parece que fue la necesidad de conciliar exigencias antitéticas, como la defensa del Estado frente a la amenaza del terrorismo y el objetivo de la transformación radical del sistema, lo que empujó a Berlinguer y a su más estrecho colaborador a proponer al partido los tradicionales objetivos de transformación social, moral y política de los hombres, los pueblos y la humanidad entera. Esta exigencia de fondo les llevó a establecer compromisos de partido y de gobierno incluso con los despreciados políticos pertenecientes a las áreas democristiana, socialista y laica, siempre denunciadas por Berlinguer y Tatò como las principales responsables de un orden civil y social muy negativo, a pesar de los progresos realizados durante la fase de reconstrucción del sistema en el periodo de la postguerra.

Estas contradicciones contribuyeron en gran medida a la serie de derrotas que experimentó el PCI, cuyas políticas estuvieron basadas en «el com-

promesso storico», la «solidarietà nazionale», la «politica di austerità» y el «eurocomunismo», resaltando al mismo tiempo las diferencias, casi antropológicas, de los comunistas respecto a los militantes y electores de los demás partidos. El fracaso de estas políticas tuvieron su reflejo en la caída electoral del PCI en las elecciones generales que vieron al partido pasar de un 34,4% (su máximo histórico) en las elecciones de 1976 al 30,4% en el 1979, hasta el 29,9% en 1983.

Las inmersiones de Tató y de Berlinguer en la esfera de la «fantapolítica» y de los mitos junto con la *politique politicienne* sobresalen de manera clara a través de la lectura de las notas y de los apuntes. Un ejemplo de esta «fantapolítica» es evidenciado en una de las notas, escrita el 19 diciembre de 1981, en la que se lee que el eurocomunismo «es el punto al que el PCI llega desarrollando la gran intuición del líder histórico del partido, Togliatti. Este creía que una democracia garantizada y desarrollada por la nueva clase dirigente —la clase obrera de nuestros tiempos— daría lugar a la progresiva superación del capitalismo en Italia y en toda Europa Occidental». Reflexiones de este estilo eran hechas por Berlinguer y Tató cuando en todo el Occidente y en Italia la clase obrera estaba experimentando una época de declive numérico y de influencia social, mientras que el capitalismo, abriéndose al sector de la informática, empezaba una fase de crecimiento. En un giro espectacular, Berlinguer y su compañero trataban de salir del fracaso del «compromesso storico», de la «solidarietà nazionale» y de la propuesta política de la «austerità» que había hundido el partido, ofreciendo y aceptando, en contra de la Democracia Cristiana y del Partido Socialista Italiano, la alianza de los comunistas con los representantes del gran capital financiero (Visentini e Scalfari). Una contradicción que el PCI sólo consiguió maquillar izando la bandera de la *moralidad* comunista en contra de la falta de moralidad de los demás partidos.

Las conversaciones de Tató (con el consenso de Berlinguer) con los «cattocomunistas» están documentadas en los muchos informes enviados al secretario del partido en los que se daba cuenta de los contactos directos —telefónicos— y de la correspondencia de Tató con representantes del partido democristiano, la ACLI, y con los padres jesuitas. Durante estos encuentros, el fiel colaborador de Berlinguer registraba una serie de impresiones positivas a favor del secretario del partido que «daba la impresión de ser un hombre serio intelectualmente, de moral intachable y culturalmente italiano y gramsciano». Los temas abordados durante estos contactos casi siempre se referían a la posible participación de los comunistas en las intrincadas y muy móviles tramas de la política italiana, entre el final de los años setenta y el principio de los ochenta, con el objetivo de hacer que el PCI recobrase la centralidad que había tenido en los años de la «Solidarietà Nazionale». Pero, esta vez contemplando la participación directa en el gobierno, pues Berlinguer no

quería repetir el error que el partido había cometido entre 1976 y 1979, es decir apoyar la formación de unos gobiernos sin tener ministros en ellos. Sin embargo, la realidad política y la victoria obtenida por Forlani, Donat-Cattin y Piccoli durante el Congreso Nacional de la Democracia Cristiana de 1980 excluía la posibilidad de gobiernos con participación de la DC y del PCI. En el Partido Republicano la muerte de Ugo La Malfa había bloqueado la posibilidad de abrir las puertas del ejecutivo a los comunistas. Con el PSI la lucha se había vuelto muy dura. Tatò y Berlinguer consideraban la socialdemocracia el peor enemigo de los trabajadores, sobre todo a causa de su aceptación de la lógica del capitalismo. En Italia, además, el PSI estaba liderado por Craxi, y «su manera de entender la política —escribía Tatò a Berlinguer en la nota del 21 de marzo de 1981— y su manera de reflexionar sobre los hechos políticos tiene una huella mussolinésca (de Mussolini) es decir de narcisismo e intimidación».

Las profundas contradicciones en las que se debatía el PCI al principio de los años ochenta tuvieron como consecuencia el alejamiento del partido de las posiciones renovadoras que en esos años iban determinando radicales y positivas transformaciones en la sociedad nacional, y que el partido perdiese una gran parte del consenso que había tenido sobre todo entre los trabajadores, los jóvenes, las mujeres y los marginados del Sur. La derrota del PCI y de la componente comunista del sindicato afiliado la CGIL en el referéndum sobre la «escala móvil», celebrado en junio de 1985, fue el primer signo del final sin gloria de un ciclo político, que el PCI y Berlinguer habían empezado con éxito en 1975, aprovechando de manera instrumental las exigencias de transformaciones sociales, económicas y de costumbres derivadas de la contestación del 68, de las luchas sindicales del 1969-70 y del referéndum sobre la ley de divorcio de 1974. En los años de terrorismo y de difícil situación económica mundial, determinada por la crisis del petróleo del 1973, el sentido de la responsabilidad y de inteligencia política por parte de la clase dirigente del PCI, hizo que el partido prestase preciosos servicios al país. A pesar de esto la rigidez ideológica tanto de Berlinguer como de la mayoría de los cuadros intermedios y de la base, así como de los militantes y de los electores, no permitió al partido homologarse progresivamente a la dialéctica real de una sociedad y de un sistema político pluralista. Esta opción hubiera significado para el PCI dejar sus viejas ideas, sus viejas seguridades y las fórmulas de ser y actuar en la sociedad que habían formado la base de su actividad durante muchas décadas. Era una posibilidad que de manera directa o indirecta ya desde hacía tiempo habían sugerido dirigentes del partido como Amendola, Napolitano, Lama, Macaluso, Chiaromonte, Bufalini, Iotti, pero que siempre había sido despreciada por el tandem Tatò-Berlinguer. Las ideas y los programas de estos dirigentes —definidos como una especie de ala derecha del PCI—, contemplaban incluso la posibilidad de superar la ruptura con el PSI, poniendo así las bases para crear una fuerza de izquierda reformista que

tomase como ejemplo las grandes socialdemocracias europeas. Pero, todo esto Tató y Berlinguer lo consideraban como un programa herético y como tal lucharon en contra él. Ganaron dentro el partido, pero dejaron detrás de ellos sólo ruinas.

ANDREA GUISO